CHOQUE DE TITANES
BY VIRUZZ
mr

byViruZz

CHOQUE DE TITANES

mr̄

© byViruZz, 2016
Edición y fijación del texto: David Ruiz
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: © María Valentina Grases
Fotografía de contracubierta: cortesía del autor

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-270-4249-0
Depósito legal: B. 6.947-2016
Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

I. El Valle de Nigg 11
1. La aburrida vida de un niño gigante 13
2. La Feria de Primavera 21
3. Las Criptas de Nigg 31
4. La Saga de la Señora de los Mil Inviernos . 43
5. Emboscada 51

II. Los Clanes en guerra 61
6. Mayisius 63
7. Leyendas 71
8. La valkiria y el minotauro 81
9. Mercenarios 91
10. El asedio de Tagnolt 99

III. La Fortaleza de Tagnolt 109
11. La bestia prisionera 111
12. La batalla de Tagnolt 119
13. El Laberinto 133
14. La gruta de las gorgonas 141
15. Siomex 153
16. La Señora de los Mil Inviernos 171

1

La aburrida vida de un niño gigante

En el Valle de Nigg el invierno duraba desde que la primera nevada sobrevivía una noche y un día, lo que solía suceder a mediados de noviembre. Después la nieve empezaba a merodear más y más por los cielos hasta que diciembre veía caer tanta que incluso se inundaba el curso del Aguasbravas, al final del valle. Luego el frío sorprendía a la crecida y un buen día el arroyo era un sendero de hielo traicionero en el que uno podía resbalar, y se quedaba así hasta el Día del Crujido: cuando el sol comenzaba a aguantar en el cielo y se veía a los primeros pájaros que volvían de sus vacaciones de invierno en lugares más templados, había un día que el hielo del Aguasbravas crujía, partiéndose empujado por la presión. Ese día los niños hundían sus dedos en el agua helada y levantaban los inmensos trozos de hielo, que podían pesar lo suyo, y jugaban a arrojárselos los unos a los otros hasta que alguno de los mayores, que aguar-

daban más lejos, rascándose las barbas y soltando zapatazos que hacían caer la nieve tardía de los árboles, les gritaban que se estuviesen quietos, que se iban a hacer daño y que aquel no era modo de comportarse.

Raligg Naggigg había visto catorce años el Día del Crujido, pero jamás había participado en él. Lo intentó hacía dos. Todavía era pequeño, con sus dos metros y cuarto de altura y sus doscientos treinta kilos de peso, pero allá fue, hasta que una astilla helada de unos treinta kilos cruzó los aires desde la mano de Holigg Sigg hasta su frente.

—¡Lárgate, piojoso, hijo del traidor! —le gritó Holigg. Y Raligg volvió corriendo hasta la choza de su tía Rega, con un pequeño torrente de sangre manándole desde la frente y otros dos, más pequeños y de lágrimas, corriéndole por las mejillas.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó su tía, soltando el cesto de la ropa sucia, que cayó haciendo temblar los árboles, y abrazándole con sus brazos gordos como troncos de roble.

—Me ha llamado hi... me ha llamado piojoso —gimió Raligg, moqueando, escondiendo la cara manchada de lágrimas y sangre entre los metros y metros de tela de la falda de su tía—. Debí contestarle, debí decirle lo que pienso yo de su estúpida sonrisa.

—En la frente, bobo, qué te ha pasado en la frente —aclaró ella, haciéndole retroceder, acariciándole el pelo, apartándoselo y observando la herida, un rasguño de apenas quince centímetros—. E hiciste bien en no

contestar a Holigg. Las palabras no pueden herir a los Sigg, les entran por un oído y les salen por el otro, y nuuunca harán daño en sus cabezas.

—¿Por qué? —gimoteó él.

—Porque las tienen huecas, querido. Porque las tienen huecas.

En el Valle de Nigg no solo vivían gigantes, como contaba su tía que había sucedido antiguamente. Las ninfas poblaban las cavernas, los huecos de los árboles y el fondo de los arroyos, cuando el deshielo lo permitía, los centauros iban y venían tirando de sus carromatos de comerciantes, y de vez en cuando aventureros humanos pasaban por allí, a la caza de los grifos que habitaban las cumbres que rodeaban el valle o en busca de negocio con los habitantes.

Luego, además, estaban los Burócratas Grises, que nadie sabía exactamente cuántas cosas podían ser bajo sus capuchas descoloridas. Los había diminutos como hadas, con mantos ligeros que arrastraban por el aire cuando revoloteaban de aquí para allá, los había humanoides de todos los tamaños y hasta los había de aspectos extraños, como gusanos gigantes, arañas o bestias con cuernos retorcidos. Aunque a nadie le interesaban los Burócratas Grises y todo el mundo tenía con ellos el menor trato posible: ellos se encargaban del gobierno del valle, de la recolección de los impuestos y de las tareas de organización, y los demás procuraban no tener

con ellos mucha relación. Sus voces, a veces agudas, a veces quebradizas, a veces roncas y a veces sibilantes, siempre eran monótonas y aburridas, y la consecuencia de hablar con ellos era siempre la misma: uno salía con un montón de tareas tediosas, al término de las cuales tenía que reunirse con otro Burócrata Gris, que le encomendaría otra serie de tareas mortalmente rutinarias y farragosas, y así sucesivamente hasta obtener un ridículo papel, sellado por el Gran Burócrata, que daba permiso para abrir un negocio, comprar una casa, casarse o talar un árbol.

—¿Y burócratas? —preguntó un día Raligg a su tía—. ¿Siempre ha habido Burócratas Grises en el valle? ¿Tenían forma todos de gigantes, cuando en el valle no había gigantes?

Ella se había encogido de hombros, había sacado del barreño descomunal que tenía a los pies una sábana del tamaño de la vela de un navío de guerra y se había quitado un par de pinzas de la boca antes de responder:

—Cuando yo era una niña no los había. Pero son tan aburridos que parece que siempre han estado ahí, organizando las cosas aburridas.

—¿Y cómo llegaron entonces?

—Ay, Raligg —le reprochó su tía Rega con fastidio—. No lo sé. A alguien debió parecerle buena idea que el gobierno y las tareas aburridas las llevasen quienes se dedican a ello. Así todo el mundo podría dedicarse a hacer lo que tiene que hacer.

Raligg pensó durante un rato.

—¿Y cómo pudimos saber que se dedicaban a administrarnos antes de que nos administrasen?

Su tía lo miró, parpadeó varias veces y finalmente se encogió de hombros y tendió la sábana de una cuerda.

—Cállate y agarra el otro extremo de la sábana.

Ya habían pasado dos años del incidente con Holigg, y Raligg era un muchacho gigante fuerte y sano, con sus casi cuatro metros y mil trescientos kilos de músculos y huesos duros como rocas. El último par de años había estado ayudando a su tía a encargarse de las vacas: a los grifos que vivían en las cumbres y a los lobos que vagaban por los bosques les volvía locos la carne de ternero, así que Raligg había tenido bastantes ocasiones para perfeccionar su puntería, después de haber agarrado el peñasco más cercano docenas y docenas de veces, haber visualizado la gorda cabezota de Holigg en el cráneo del grifo que se abalanzaba desde los cielos o en el lomo del lobo que salía de la espesura y haber lanzado hacia allá el proyectil con todas sus fuerzas. Tanto los grifos como los lobos habían aprendido a dejar en paz sus vacas y a temerle y respetarle, y pensaba enseñar a Holigg la misma lección. Pero cuando después de incontables mañanas saliendo de la cabaña de su tía al amanecer en busca de señales del fin del invierno, que este año se retrasaba, llegó su cuadragésimo Día del Crujido, se llevó un chasco al acudir a la carrera al arroyo y ver que Holigg, alejado y riéndose con un

ruidoso grupo de seres, no mostraba interés alguno en unirse al resto de niños que ya comenzaban a arrancar fragmentos de hielo. Peor para él, pensó, si no disponía de munición. Así que caminó hasta el arroyo, arrancó un trozo particularmente contundente de agua helada, ignoró los trozos de hielo que niños más pequeños le lanzaron con alegría y caminó hacia el grupo de Holigg, levantando su trozo de hielo por encima de la cabeza.

Holigg debió ver que alguien dirigía la vista a sus espaldas y se giró para mirarle por encima del hombro. Raligg quedó petrificado. Holigg le soltó su sonrisa de suficiencia y resopló. Y el trozo de hielo de Raligg resbaló entre sus manos y se partió sobre su propia cabeza. El grupo casi al completo estalló en carcajadas y Raligg, con las mejillas coloradas, se alejó a toda prisa de allí, tropezando hacia la cabaña de su tía, perseguido por el eco de la estruendosa risa de Holigg.

Pasó el resto del día encerrado en el sótano hasta que su tía logró hacerle salir preparando su estofado favorito y paseándolo por debajo de la puerta para que el olor se filtrase con las rendijas.

—Come algo —dijo cuando por fin abrió la puerta— y vete a cuidar a las vacas, que se las van a comer los grifos. Ellas no tienen la culpa de que te hayas vuelto tonto.

—No me he vuelto tonto —protestó.

—¿Ah no? ¿Entonces qué te pasa? ¿Por qué no estás curioseando por el pueblo? Se ha desbloqueado el río, y este año lo ha hecho tarde. Los comerciantes y los cacharreros deben estar cruzándolo ya para preparar la Feria de Primavera.

Todos los años, tras el deshielo del río, el pueblo acogía una feria muy popular entre los comerciantes: meses y meses de gigantes bloqueados por el hielo necesitaban tantos recursos que en primavera el comercio en el valle permitía a más de uno ganar en una semana lo mismo que ganaría durante el resto del año.

Raligg sacudió la cabeza.

—Porque no quiero. Holigg estará allí, pavoneándose, paseando con esa sonrisa suya de idiota.

Pero mentía. Holigg no le preocupaba lo más mínimo. Revivía la escena una y otra vez: allí estaba él, acercándose a aquel mentecato con su bloque de hielo bien agarrado, alzado sobre su cabeza, y entonces alguien del grupo cuchicheó y señaló en su dirección, y Holigg se giró, torpe y lento, y tras su corpachón, como la luna saliendo de un eclipse en una noche de verano, apareció la sonrisa de Dafne, la hija de la ninfa del arroyo del molino, a la que no había visto durante todo el invierno.

Y Dafne le había sonreído, una sonrisa indescifrable, bella y misteriosa.

Entonces en el mundo se había hecho la oscuridad y el resto no lograba recordarlo con claridad: el bloque de hielo cayendo sobre su cabeza, la risa de los demás,

el viaje de vuelta a casa tropezando con las raíces y los pequeños árboles.

Lo único que recordaba era la sonrisa de ella.

¿Estaría riéndose de su probablemente ridícula estampa, allí con su trozo de hielo, como un crío gigante?

¿Estaría riéndose pensando que no era rival para Holigg?

No lo sabía. Tampoco le importaba demasiado, todavía. Lo único que sabía, lo único que necesitaba saber, era que no había visto nada tan hermoso en su vida.